

DOS RELATOS DE *HISTORIA VERTICAL*

Javier González Blandino

Primitivo

Avelino sintió que la imagen se agigantaba súbitamente. No podía controlar el despliegue abrasivo de sus raíces. En la madrugada que la sintió nacer en sus entrañas él estaba sentado en una de las vigas laterales de la tijera, esperando el amanecer, escuchando la respiración de su esposa para saber que aún dormía, y mientras sus ojos se adaptaron a las sombras, él se quedó contemplando la oscuridad de su cuarto humedecida por el sereno. El olor al excremento del ganado se confundía con el olor de la tierra bañada por el día.

Desde ese momento la sensación había madurado lóbregamente, y ahora que se veía junto a su familia, de cara al frontón rural de su casa, escuchando el bus que se alejaba por un costado con un quejido mecánico, comprobó que no existía forma de detener esa sensación por su mente.

—Voy a cocinar el almuerzo— le dijo su esposa mientras retiraba el cerco de alambres y caminaba hacia la casa.— Vos mirá al chavalito.

Avelino miró a su hijo, de reojo y con desprecio. El niño, distraído con el tránsito de los automóviles por la carretera, se chupaba la muñeca. Cuando entraron Mariana fue directamente a su cuarto forrado con sacos de empacar azúcar y en silencio se cambió de ropa. Luego, encendió el fogón soplando las rajas humeantes hasta que ardieron, y cocinó media libra de arroz con una cuarta de manteca de cerdo.

—¿Ya vas a terminar? Necesito ensillar el caballo para acarrear unos sacos— le dijo Avelino a su esposa mientras guardaba la Biblia en el cajón de la ropa.

Mariana lo escuchó cuando salaba el arroz, pero no le contestó. Sergio llegó frente a su padre mientras éste salía del cuarto. Tenía los ángulos laterales de la boca llenos de saliva y saltaba de un lado a otro aflojando y balanceando los brazos simiescamente.

Avelino lo miró con cierto deje de compasión, como lo había visto en la cama del hospital el día que Sergio sufrió el incidente por intoxicación y pasó tres días en cuidados intensivos.

—Créame doctorcito, yo y mi mujer somos incapaces de cometer un acto así, de envenenar a nuestro hijo— le replicaba Avelino al doctor, y le continuó explicando con convicción que el niño por torpeza había tomado de la bodega, donde él guardaba los utensilios de caballería y el grano, una botella plástica que contenía insecticida del que se empleaba para fumigar y había ingerido de él, y que el químico estaba bien retirado del hogar, pero que le íbamos a hacer, el niño vagaba por ahí y lo tomó por descuido.

—Le creo, le creo —le contestó el doctor convencido— sólo que es parte de mi trabajo averiguar todo lo necesario para que el caso quede limpio.

Sergio abrazó a Avelino por la rodilla y empezó a morderle el muslo por sobre el pantalón.

—Sergito esperate, no, así no se juega. A ver quítese, a ver... —lo reñía el padre apartando al niño con el antebrazo. Pieza original de su nueva sensación era no tolerarlo demasiado. El más pequeño contacto cotidiano le molestaba. “Y no era para menos —se decía Avelino caminando para la sala con la misma ropa—, doce años así en este calvario, ni que fuera santo para aguantar tanto, por eso me tengo que ir de esta casa hoy mismo, la virgen me perdone esto pero no puedo más”. Descolgó la hamaca de un garfio de hierro clavado en la pared y se acomodó en ella.

Los primeros años lo soportó todo sin mucha fatiga, despuecito que el especialista les dijo sin pausas, en su rutina y como si leyera el diario de la mañana: “a su hijo le hemos encontrado lesiones considerables en el hemisferio izquierdo del cerebro, sus contactos neuronales son

anómalos y sus funciones motrices consecuentes son indefinidas. La patología la desconocemos, pero quizás sea genética”. Avelino y Mariana apenas si entendieron la cascada de palabras que le dijo el doctor. “¿Traen dinero para pagar otros chequeos? —les dijo el galeno apurado, viendo a los lados y en voz baja—. ¿Sí? A ver. Sólo esto. Bueno algo voy a hacer”.

—¿Sergito está bien doctor? —preguntó Mariana.

—Sí, más o menos, pero de aquí en adelante las cosas van a ser otras, el niño ni siquiera podrá hablar bien.

—¿Mongolito doctor? —se atrevió a decir Avelino.

—Algo así —y se fue sin despedirse mientras se echaba el dinero en la bolsa grande de su gabacha blanca.

Esa misma mañana debieron venderle al compadre Chu de la pulpería su yunta de bueyes pardos para los gastos médicos.

Desde la cocina oyó que Mariana lo llamaba. Al instante la señora se presentó con el niño cogido por el antebrazo, y con enojo le dijo a Avelino, mientras sentaba a su hijo en un banquito de cuero que servía para sostener la puerta:

—Te dije que lo vieras, que yo estoy cocinando.

—¿Y qué estaba haciendo?

—No sé, andaba pegando gritos allá por el platanar, cerca del pozo.

Avelino le lanzó a Sergio una mirada desde el fondo de la hamaca: tenía abierta la boca en toda su extensión, un hilo de baba caía sobre las rodillas y miraba fijamente la pared moviendo la cabeza.

Los primeros brotes de estupidez del hijo fueron recibidos por sus padres con excesivo afecto y condescendencia. Para entonces aún no se hartaban de que existiera un monstruo junto a ellos. Lo bañaban, la madre lo perfumaba, le untaba talco por todo el cuerpo y salían con él en la carreta a pasear por el pueblo. Pero con los años el asunto se volvió pesado y gris. Sergio pasaba todo el día sentado en una mecedora desjuncada y sin balancines que estaba junto a la porqueriza, bajo el sol, sucio y con la cara hecha una máscara de baba y tierra. Emitía gemidos bestiales, imitaba mecánicamente el bramido del caballo, el de las vacas o el canto del gallo, a veces se lanzaba al fango con los cerdos, y había que irlo a sacar a empujones y forcejeos en una escena agotadora.

Una mañana lluviosa de julio cuando el asma de Mariana se había recrudecido por el clima húmedo, Avelino le preparó unos cocimientos de hierba con miel, y la señora debió pasar toda la mañana en cama. En un segundo que Avelino se distrajo en el excusado, Sergio, motivado por el bramido del toro en celo que correteaba a la vaca pinta por todo el corral, había cruzado el cerco y en un arrebato de gritos intentado agarrarle la cola al animal. El toro lo embistió con tal fuerza que en el impacto el cuerpo del niño destruyó las bardas de guayacán del corral. Lo irónico del

episodio fue que la venta del mismo animal sirvió para ajustar con los gastos necesarios para la recuperación del niño.

Sergio aprovechó que su padre dormitaba para escabullirse hacia su nuevo descubrimiento. Con su astucia animal evitó a la madre, cruzó el platanar y llegó al pozo a deleitarse con su juego novedoso: se asomaba a la superficie y, extrañado de la otra persona que veía en el fondo, gritaba y hacía piruetas divertido con la extrañeza.

En un principio y aún después de todo, ambos creyeron ser los culpables de la desgracia de su vida. Sin decírselo uno al otro, Avelino y Mariana trabajaron durante su juventud en los algodones de Chinandega, y creían cada uno que el insecticida que se utilizó para las plagas había causado en su sangre tales estragos. En secreto sollozaban su culpa sin compartírsela al otro. Disimulando el llanto para no ser descubierto a veces, cuando él regresaba frente al hatajo del ganado en la sierra, o ella cuando extraía con el balde agua del pozo.

Se despertó y de inmediato dijo en voz baja: “me voy, no hay vuelta de hoja”. Sergio corrió repentinamente desde el fondo de la cocina y fue a postrarse a las piernas del padre que se balanceaba en la hamaca. Lento y callado. Viendo retirarse el sol por la ventana. Avelino trató de disimular un poco y le sonrió muy cerca del rostro.

—Pa... mar, llá... pa, mar, mar —decía el niño y señalaba con el índice hacia el traspatio.

—Sergito, ahorita no; andá para afuera. Vaya a jugar el niño —le respondía Avelino empujando cada frase con desgano y fastidio.

—Ni pa, mar... ni llá, llá, tá mar, mar, mar —insistía alterado Sergio y lo jalaba de la muñeca.

—Te dije que no. Andate para allá. ¿No?, decile a tu mama pues que te cambie la ropa para que vayamos al pueblo —y a horcajadas en la hamaca lo veía alejarse con su trote de animal herido.

Avelino viró y miró que el charco brillante del sol ya trepaba por la ventana. Lo veía escapar como la marea en silencio. Calculó la hora y se levantó de prisa como para no arrepentirse del impulso que lo había determinado.

Sergio se apoyó con los antebrazos en el brocal de poma y vio aparecer nuevamente en el fondo inmóvil del pozo una figura difusa que era de su gozo. Aparecía y desaparecía según su movimiento. Era alguien que allá abajo, en el azul que no desemboca, en el círculo pequeño pero brillante como el que a veces él ve que se forma en el cielo por la noche cuando sale a orinar al cerco, y que le deja ver a los animalitos que duermen en silencio en el corral; era alguien que quería jugar con él; o tal vez un mono atrapado; o era el vecinito que vive al lado y que le tira piedras que se había escondido ahí para asustarlo.

Mariana, con una taza entre las piernas, apoyada frente a la mesa, terminaba de asear los frijoles. Escuchó abrir las gavetas del ropero, un resuello apresurado, pisadas duras sobre la tierra

y escuchó también el roce de la ropa al calzar un cuerpo.

Antes había visto a Sergio aparecer en el portal, temió que se acercara a ella pero pronto lo sintió que, gimiendo en una arremetida brutal de locura, se perdía a sus espaldas. Aventó un puñado de frijoles agujerados a las gallinas que picoteaban el suelo bajo la mesa. Al levantar la vista miró a Avelino en la puerta. Mariana se refugió en los granos rojos que elegía. Cuando sintió de cerca a su esposo le dijo:

—Dejalo que juegue un rato más, allá afuera.

—Voy a salir —y detuvo su escape para añadir— no sé como a qué hora regreso.

Ella sintió como un picotazo helado en la espalda. Avelino aguardó unos segundos por una respuesta. Iba a continuar caminando cuando Mariana le contestó:

—¿Vas a salir? Qué bueno. Tal vez así...

Avelino sentía que algo en el aire no cuajaba bien.

—¡...tal vez así te vas a la mierda!

—No podés contestar sin ofenderme.

—¿Y vos? ¿Y vos? Contestame.

Mariana avanzó de pronto hacia él señalándolo con el dedo, en la otra mano cargaba la palangana con los frijoles

—Contestame maldito, vos crees que yo soy tu esclava para que me dejés aquí aguantándolo todo, todo.

—Dejá de decirme esas cochinerías, Mariana, que yo no te estoy faltando el respeto.

—Cochinerías son las tuyas que te vas y me dejás con ese deforme que es tu hijo —y dio tinte a lo último que dijo.

—¿Mío? ¿Mi hijo? ¿Yo lo parí? ¿Fui yo?

Sin saberlo cómo, Mariana lanzó una bofetada a Avelino y acertó a darle en el ojo.

—Maldita —dijo él, y la golpeó con su puño rústico en un costado. Ella se ladeó, emitió un quejido seco y desde el suelo le lanzó la porra a la cara.

Sergio miró una mano levantada que quería alcanzarlo. Se inclinó más, “mar... mar, qui” dijo. Estaba seguro que la otra figura lejana quería jugar con él, hasta podía verlo riendo con alegría, como él mismo lo hacía ahora. Sus pies torcidos dejaron el suelo y se balancearon en el aire, su abdomen apoyado en la orilla carcomida. Lanzó una carcajada lúgubre y su eco rebotó dentro del pozo, entre los encalichados y las telarañas, hasta perderse como un temblor frágil en la superficie dormida.

Avelino esquivó el objeto, saltó unos pasos hacia atrás y tropezó con un gallo de pelea encerrado en una jaula de madera. “Mujer hijueputa, me jodiste el ojo”. Mariana se incorporó y tomó del murito del fogón el cuchillo sin mango que ocupaba para voltear las tortillas. “Hoy te

mato estúpido”, le dijo ella, y se abalanzó nuevamente hacia él.

El niño se inclinó más tratando de alcanzar la silueta que le hacía muecas para que jugaran juntos, ¿y si tocara su cara con la mía para que jugando lejos nos riéramos los dos?

Avelino logró detener a la mujer y forcejeaba con ella tratando de quitarle la cuchilla de las manos. La golpeó, logró arrebatársela y logró también empujarla para que cayera, para entonces el equilibrio no pudo con más peso, y el cuerpo del niño cayó al fondo del pozo, el viento llevó el ruido de su cráneo al estrellarse con las paredes estrechas.

Los tres golpes de la caída fueron escuchados por sus padres, y el eco que aún repetía su risa también, y al final el sonido bronco del cuerpo al estrellarse con el lecho del agua dormida. No se oyó nada más.

La imagen se les vino de golpe a los dos. El pozo. El animal. Se miraron despacio, con miedo: “¿Y vos vas a ir? Esperate. Ahora”.

Y ambos corrieron a ver lo que sucedía: contemplaron desde el borde la sombra pequeña en el azul de la distancia, respirando juntos, con las sombras fundidas en sus ojos. Y estuvieron viendo el agua que se teñía lentamente de rojo hasta que comprobaron que el bulto desquebrajado —sumergido, sumergido...— del niño, ya no se movía.

X/2004

*Ámbar**a J. C. Onetti**“fuma y se vuelve por las noches hacia las sombras de la pared, a pensar cosas disparatadas y fantásticas”*

Se desnudó hasta envejecer, a rasgaduras, y reapareció ese fastidio lánguido que segregaba de los ojos, la mancha de sus recuerdos viles: de aquellos más precoces que apestabán momentos de su adolescencia, los recientes de su madurez todavía húmedos, sellados en frascos como un boticario, jurados a nunca invocarse. Se sintió espurio de sí mismo, consumido. Le dejaré que me desprecie desde su fracaso amarillento, que ensaye otra vez ese gesto estúpido con la boca que aprendió a retorcer desde la primera vez que la abracé por la espalda y le rocé el cuello con la barbilla, le dejaré que recurra a todas esas tareas domésticas que improvisa, un pantalón, una falda que no tiene ruedas, al momento que me ve traspasar la puerta buscándola. Acarició como si fuera una herida en un animal la superficie del agua salpicada de hierbas. “Ya está tibia” —se

dijo—, “otra vez será de la misma manera, no me importa, aún; aún no me importa y ella lo sabe— pensó.

El agua estaba más caliente que en la palma de la mano. Se vio casi acurrucado dentro de ese pequeño estanque líquido, fruncido, como si estuviese dentro de un puño; derramó loción balsámica en círculos distanciados, y con la misma mano que disolvió la sustancia raspó las hojitas aromadas contra su propia corteza brotada de líquenes, y si alguien pasara y lo viera de espaldas diría que zurcía los agujeros hechos a un cuerpo desinflado, que se lamía las manchas, los escombros.

Era más bien menudo, con una estatura interrumpida y un ancho de adolescente que ha dejado de golpe de crecer, anémico casi, como si desde adentro sus propios huesos aspiraran la grasa de la piel.

Ya vestido volvió al pie del inodoro donde había dejado el uniforme que traía puesto de la agencia, levantó el calzoncillo entre la faja de hebilla removible, los botines que se gastaban de un sólo lado y el carnet aprehensible, y lo estuvo enjuagando con detergente en el chorro del lavamanos, lavándolo con minucia hasta que hiciera espuma, tendiéndolo con un prensa ropa en la manivela de la ventana para que se secara.

Me duele solamente fuera de ella, de los momentos que juntos escarbamos pero que sólo yo recojo de la tierra y limpió de raspaduras y mugres, fuera de ese rostro desesperado

que con un gruñido se aparta al beso que le propongo cuando la estoy amando, fuera de sus llantos escalonados a mitad del amanecer, entre lamentos mustios sostenidos con las manos: hipocondríacos, roncós, asomándose a ratos para no despertar al otro bultito que duerme sin moverse arrojado junto a nosotros, fuera de su gastritis, de esos silencios como última reliquia de su dignidad junto a mí, de las veces que la he sorprendido observándome las facciones estrechas, las uñas carcomidas de las manos, la espalda que empieza a ceder, a cargar sobre los hombros a ese otro invisible incubado en mi espinazo, el pelo descolorido, sucio y como embarrado sobre mi cráneo, a razonarme con sus ojos bien abiertos y una acidez en un gesto que le entierra la boca, tratando de imaginar que estropeó en su vida para estar aquí miserablemente donde está ahora conmigo, de creerse a sorbos demorados la historia que se cuenta de sí misma con mi presencia, sin el estorbo de disimular el asombro que le desordena el rostro, el asco.

Yo sé que me ha visto, que me siguió desde ese espasmo que se le atasca en la carne cuando me siente cerca, asumiendo respuestas y moviéndose lentas, con retraso, como si le punzara un cólico, si le ardiera la piel. Me descubrió en la calle, frente al murito de cemento que cerca el árbol de almendras donde ella, su madre y su hermano sepultado se sientan a ver pasar a la gente en el atardecer, cuando baja el sol.

Un grupo de personas había detenido al vendedor de pan que despachaba montado en su bicicleta y yo me arrimé; en el intercambio, una bolsa se me resbaló de las manos y ella rodó una

mirada para fijarme, entonces empezaba el cólico obstruido, la quemadura en los músculos.

Me ve, me persigue, rogando mi muerte, insultando al niño del pulpero que me demora con sus juegos, calculándole el peso a las bolsas: sumándole libras, duración, mientras escucha a la señora invocar recortes inventados de la infancia de su hijo, raspaduras viejas, exhumando orgullos maternos entre las sombras, noches de enfermedades infantiles, botines rotos, reuniones escolares, intoxicándose con reproches rumiados con agrura, por una muerte prematura, una caricia que se frustró en un amago, un porvenir rehabilitado donde el muchacho madura como todo un hombre bienhechor, mientras le tiende a la señora contestaciones percederas, frutos del aburrimiento y se impacienta por mi regreso con ternura.

Yo sé que ahora está ahí, inmersa en esa ausencia que cava en los rincones del cuarto: bajo el canasto de la ropa, en el resquicio de la puerta, hundiendo los dedos en la tierra. Recoge la ropa limpia desordenada sobre la cama y la dobla en cajones podridos por la humedad, oliéndola, sin mirarla, ajustando con un estiramiento transversal una esquina del cubrecama.

Está frente al espejo con un prensapelo en la boca, ya ha escuchado el saludo que hago a su madre en la puerta, el odio nauseabundo que intercambiamos cada noche con un apretón de manos y la cortesía que fingimos.

Sabe que me acerco porque ya he puesto las bolsas con las compras diarias y otro paquete más con limones y verduras en la mesa al lado del televisor; distingue también los pasos arrastrados

de su madre que me alcanza untándome con su pudor viscoso: haciendo la mímica de ayudarme con los paquetes, lamentando la molestia que me tomé en traerlos, prometiendo reembolsarme el dinero, en el espectáculo de manosear la misma actuación todas las noches desde hace cinco meses.

Le silbo, descorro la cortina con el hombro y tiznada, por la media sombra que le cae de la lámpara de la sala, de espaldas, ya sé que es otra. La saludo y me responde sesgándose hacia la puerta, embadurnándose la cara con una sonrisa que está a punto de sostener con las manos para que no se le caiga de la boca.

—Me agarró la tarde esperando al supervisor que andaba supuestamente renovando las portaciones, se apareció hasta como a las seis diciendo que se dilató porque en los semáforos de La Centroamérica un policía lo paró, y no andaba la licencia de la moto, traje una libra de queso ahumado— en un movimiento repentino se ha puesto de pie, descubro en un dorso de sus muslos una impresión rojiza por estar mucho tiempo sentada, viene hacia acá con unos pañuelos limpios en la mano, puedo distinguir los pequeños lóbulos crispados de sus pechos tras la blusa, no está usando brasier.

—Uno tenía una mancha bien metida que me costó sacarle, le eché un poquito de cloro, yo creo que era sarro.

—Sí, es que parece que el mango de la pistola suelta, y seguro que después que me seco las manos lo mancho.

—La Lidia te estuvo esperando porque dijo que vos le habías dicho que le ibas a traer una caja de plastilina que va a ocupar mañana en clases, ya le dije yo que no sea atrevida, que no te ande pidiendo nada.

—Ah, ¿y qué se hizo? No la vi cuando entré. Ah, ya se durmió. Ella no me pidió nada, yo fui el que le dije que le iba a regalar una cajita. No, yo sé que la chavala tiene mama, no te refirás así de la niña, no es que sea pedigüeña, yo fui el que se la ofreció, no entiendo porque le pegaste, pobrecita, yo ya le di la plastilina a tu mama, por lo menos dejá que la lleve mañana a clases, es un trabajo de manualidades que tiene que hacer —no querés que el único acto limpio, la única jugada limpia que has conseguido hacer en toda tu vida, libre de tus constantes monstruosidades, se relacione conmigo, yo te entiendo, no creas que soy tan bruto, querés rematar claramente la costura de cada una de las dos historias, separarlas, para que una ahogue a la otra, para que esa niña con su mundo en blanco y vos dentro de él como una huésped por ser su madre junten los fragmentos de una patraña más creíble que podás vivir, y ésta, la inmundada, la nuestra, sea más fácil de deshacer en tu memoria, en el cuecherío de los vecinos.

Cuando pasás aquí a lado, rozándome apenas con el antebrazo contraído, encogiendo el estómago para no tocarme todavía, sé que sólo tratás de ganar un poco más de tiempo, aunque sólo

sean un par de minutos estúpidos en que intentás distraerte reviviendo cualquier conversación inacabada con la señora que despacha cinco córdobas de frijoles cocidos a alguien en la puerta.

A veces hablan de mí, lo sé porque hacen más bulla para que yo no sospeche lo que hablan en voz baja, exagerando el ruido de lo que fingen ocuparse: un portazo duro de la refrigeradora, un plato chocando ruidosamente con otro bajo el chorro de la llave del lavadero, un tenedor que se cae, la máquina de coser remendando un trapo viejo.

Está noche sentí tus senos más retráctiles; más tersa la piel de tus piernas embutidas y blancas; has engordado un poquito, pero no me importa; te vi ayudado por un resplandor que no lograron ahogar las cosas al otro lado del tabique, donde duerme tu hija ahora con una bombillita encendida, en la cama de tu madre; te sentí cuando te levantaste para el baño creyendo que yo estaba dormido, buscando las chinelas en la penumbra con los pies, oliendo, como yo, a ese tufo desagradable a esperma y grasa en la piel; creyendo que duermo, distinguiendo antes de dar un paso los objetos para no tropezar con ellos, para no despertarme, frustrando cualquier intento que pueda hacer para hablarte y evitarte así la mayor humillación que podés sentir a tus treinta y cuatro años: que te despierte e interrumpa ese sueño injertado que llevás en los ojos, un sueño donde todo tu cuerpo es sólo una prótesis de sí mismo que me acompaña hasta el amanecer en que me marchó.

Cuando cambió de acera, miró que habían dejado encendida la bujía del frontón de su casa, faltaban ocho minutos para las dos de la madrugada. Distinguió bultos revolviéndose detrás de las ventanas. Al entrar terció el madero, y encontró a dos de sus hermanos mayores rodeando a un anciano disfrazado con una pijama curtida, sólo calzaba una zapatilla y estaba desplomado hacia el frente, con los brazos caídos a los lados. De largo, la escena parecía a un grupo de comediantes que en un ensayo esperaban al ventrílocuo para que se ocupara del muñeco.

Uno de los hermanos estaba sacudiendo un termómetro con golpes de aire, haciendo pausas para la lectura, y el otro, más parecido al polichinela, estaba agachado sobre el viejo auscultándole los ojos y la respiración. A un lado de la silla estaba una bacinilla derramada, periódicos oscurecidos sobre trechos de agua. Apenas si le dirigieron una mirada impasible cuando atravesó el salón.

Al pantalón que se había quitado estuvo revisándole las bolsas y colocando las cosas en una silla, al lado de la cama: un llavero que era navaja también, un recorte de periódico sobre un anuncio de trabajo como cobrador motorizado, cuatro monedas amarillas y un par de plateadas. Tendió una mirada hacia el picaporte de la puerta, el charco de luz amarilla del piso se consumió y dejó de escuchar los rumores contiguos, apagándose sucesivamente como si más bien se alejaran hacia la calle, los tejados de las otras casas.

Revisó unos cajones y extrajo una publicación con muchos pliegues, la estiró como si fuera a planchar una camisa sobre la cama, se masturbó en silencio y luego, inaudible, desolado, empezó a llorar.

V/2008